



UN VIAJE Á MADRID

I

¡CANTA, musa, las emociones de un ex-madrileño, hoy humilde provinciano, que vuelve á la patria de su espíritu después de tres años de ausencia. Amarrado no á la concha de Venus, como el poeta, sino al imperioso deber de la *residencia* en una cátedra, como conviene á un prosista, había sentido pasar muchos meses y algunos años y no pocas glorias tan falsas como efímeras, sin ver por mis ojos las maravillas que de la corte contaban los papeles.

Y al fin entraba en Madrid por la puerta de San Vicente, que de par en par se me abría, metido, en compañía de una sombrerera, un paraguas, una manta, un baul maleta y, valga la verdad, unos chanclos, en el mísero es-



UN VIAJE Á MADRID

I

¡CANTA, musa, las emociones de un *ex-madrileño*, hoy humilde provinciano, que vuelve á la patria de su espíritu después de tres años de ausencia. Amarrado, no á la concha de Venus, como el poeta, sino al imperioso deber de la *residencia* en una cátedra, como conviene á un prosista, había sentido pasar muchos meses y algunos años y no pocas glorias tan falsas como efímeras, sin ver por mis ojos las maravillas que de la corte contaban los papeles.

Y al fin entraba en Madrid por la puerta de San Vicente, que de par en par se me abría, metido, en compañía de una sombrerera, un paraguas, una manta, un baul maleta y, valga la verdad, unos chanclos, en el mísero es-

pacio que contiene un coche de punto. Fué mi observación primera puramente analítica y propia de un escritor naturalista al por menor; noté que los *simones* parecían nuevos, los caballos algo mejores que los de años atrás, y que los gallegos ó *Faetontes*, como se dijo en tiempos más felices, usaban una especie de librea, que daba un aire pseudo-aristocrático al vulgo de los alquilones peseteros. La segunda observación, también analítica, se refirió á la cuesta de San Vicente, que se había convertido en calle empedrada de guijarros puntiagudos. Lo demás, todo era lo mismo que otras veces: á la derecha el palacio real, donde se me antojaba leer sobre las más altas cornisas un inmenso letrero que decía: «Viuda é hijos de Alfonso XII.» La mañana estaba triste; la lluvia flotaba en el aire en forma de polvo húmedo; todo era gris, del gris de que han de ser los pollinos, según el Diccionario; el palacio real parecíame una elegía verdadera, no de las que escriben los poetas falsos cuando se mueren los reyes. Obreros y lavanderas subían y bajaban silenciosos á paso largo; nadie miraba á nadie; todos parecían preocupados con una idea fija. Se me antojaba que aquellos mismos hombres y mujeres los había visto yo subir y bajar, así, silenciosos, cabizbajos, por aquella cuesta, años atrás,

muchas veces, al entrar yo en Madrid como ahora entraba. Esta primera impresión glacial de un pueblo grande que se vuelve á ver después de una ausencia, es de las que más contribuyen á que la fantasía dé argumentos á la razón para negar el albedrío, para inclinarse á creer por lo menos que la vida social es cosa de maquinaria, y que los hombres damos vueltas alrededor de unos cuantos deseos, como los peces que en una pecera trazan círculos sin fin.

Pocas horas más tarde, cuando después de lavarme, vestirme y almorzar entraba en la cervecería Inglesa, la misma impresión de fatalidad volvió á sugerirme la fantasía: alrededor de unas cuantas mesas de mármol los grupos negros de siempre; periodistas políticos, literatos, bolsistas, vagos y gente indefinible, vestidos todos casi lo mismo, afeitados todos, sin salir de tres ó cuatro tipos de corte de la barba, todos con ideas parecidas, con anhelos iguales; lo mismo, lo mismo que años atrás, lo mismo que siempre. Casi todos aquellos señores tan pulcros, tan semejantes, tan fáciles de olvidar, querían ser diputados. Se hablaba de Sagasta, de D. Venancio, de Romero, de Cánovas, se repetían cinco ó seis ideas de valor parecido al de esos nombres... y vuelta á empezar; el hecho era este: que

todos querían ser diputados. Y sorbían el café sin saber lo que hacían. Casi todos estaban pálidos, con una palidez digna de unos amores de Romeo. ¡Y pensar que aquel espectáculo era diario, y se venía repitiendo años y años, y se repetirá sabe Dios hasta cuándo! Sí, porque llegaría un día en que el establecimiento se cerrase, ó por cesación de industria, ó por causa de derribo, etc., etc., pero ¿y qué? los grupos negros se irían á otra parte á hablar de lo mismo, á pensar lo mismo, á repetir aquellas veinte palabras del repertorio. Tal vez entonces no se hablaría ya de Romero, ni de Cánovas, ni de Sagasta, pero ¿qué importa? se hablaría de otros, y se continuaría queriendo lo mismo: ser diputado. Las generaciones sucedían á las generaciones en este afán inútil, y las unas, desengañadas, al cabo, dispersas, maltrechas, no avisaban á las otras de la vanidad de los esfuerzos, de la ironía de la suerte, de la monotonía del juego. Como los granos del molino resbalan empujándose unos á otros y caen por el fatal agujero para que los aplaste la muela, hombres y hombres, anónimos y anónimos, unos de hoy, otros de mañana, todos muy bien vestidos, todos afeitados, como si valiese la pena, se atropellaban, se amontonaban, gastaban la vida en aquel

afán inconsciente; caían por el agujero, iban á formar parte, en la sombra del olvido, de la plasta general en el subsuelo; y otros venían, en flujo inacabable, á ocupar su puesto, á rodear de negro y de ruido las blancas mesas de mármol, servidos por imperturbables camareros, usureros de la propina, pálidos también, gallegos que cuentan los minutos que aún ha de atormentarlos la nostalgia, no con granos de arena, sino por perros chicos...

Esta clase de ideas y representaciones fantásticas acaban por dar náuseas y jaqueca...

«¡Oh! me dije saliendo á la calle, este ascetismo á lo Kempis es una especie de pelo de la dehesa, que se deja uno crecer por allá, y sólo se echa de ver cuando se vuelve á Madrid. En la soledad — y soledad es cierta vida de provincia — el *yo* crece, crece á sus anchas, y cuando se viene á poblado no cabe uno en ninguna parte donde hay gente. Así se explica la impresión dolorosa que causa la multitud al solitario. Es que aquí le estrujan y le pisan á uno el egoísmo.»

Sin embargo, sea lo que quiera de mis aprensiones nerviosas, es evidente que en Madrid se vive demasiado en el café y que ahora hay demasiados candidatos para los pocos cientos de distritos que puede ofrecer el Gobierno.

He notado que en nuestra alegre capital, la moda es voluble cuando se trata de usos buenos, y que los vicios arraigan de modo que no hay quien los arranque. Todas sus malas costumbres las atribuye el madrileño al carácter nacional y las conserva por patriotismo. Cuando yo me marché de Madrid hace tres años predominaba, si no en el arte, donde debiera estar el arte, el género flamenco: en los carteles de los teatros se leía: ¡Eh, eh, á la plaza! *Torear por lo fino* y cosas así, todo asunto de cuernos, chulos y cante; vengo ahora y me encuentro con cante, chulos y cuernos; los carteles dicen: ¡Viva el toro! ¡Ole tu mare! y gracias por el estilo. Hace tres años los madrileños pasaban seis horas en el café, tres por la tarde y tres por la noche y ahora sucede lo mismo. Hace tres años todos hablaban *del libro nuevo* sin haberlo leído, y ahora siguen el mismo procedimiento para juzgar las obras ajenas; hace tres años nadie hablaba más que de los asuntos del día, según los exponían y comentaban los periódicos populares, todos esperaban el pan del espíritu de la prensa de la mañana; hoy no pasa otra cosa. La vida de la mayor parte de los madrileños es de una monotonía viciosa que les horrorizaría á ellos mismos si pudieran verla en un espejo. Todos esos parroquianos

del Suizo, las dos Cervecerías, Levante, etcétera, etc., me recuerdan á aquel *Mr. Parent* que Guy de Maupassant nos pinta envejeciendo en un café, sin conocerlo; un día se mira en el espejo, delante del cual se sienta desde hace veinte años y ve que el cristal le devuelve una imagen de la muerte próxima, un rostro descompuesto, un pellejo arrugado, de color de pergamino, una cabeza nevada... ¿qué ha hecho él para envejecer así? Nada, dejar que pase el tiempo entre el ajenjo de la mañana y el ajenjo de la noche... ¡Y cuántos viven así! Entre tanto se inventa el vapor, el telégrafo, el teléfono, la luz eléctrica, la sinceridad electoral, mil maravillas; todo progresa menos el hombre, menos el español, menos el madrileño que ayer se envenenaba noche tras noche con las emanaciones del quinqué apestoso, y ahora palidece y toma aires de cómico bajo la acción del gas, y ya empieza á quedarse ciego gracias á la luz eléctrica... El mando marcha, es indudable; pero en los cafés hay más ociosos cada día; más ociosos y más candidatos...

Por salir de este círculo vicioso de reflexiones, me traslado al día siguiente de mi llegada. Bajo al comedor de la fonda en que vivo y allí veo...

II

Menéndez Pelayo. — Historia de las ideas estéticas en España. — Tomo III (siglo XVIII).

No todos se dedican en Madrid á salvar el país sin hacer nada. Si hay tantos ciudadanos que no leen ningún libro, aquí tenemos un joven que los lee todos.

Son las doce del día. El comedor está en el piso bajo, casi en la calle; coches y carros ruedan á pocos pasos con estrépito horrisono, haciendo temblar los cristales; los revendedores ambulantes gritan sin freno; los chiquillos alborotan, pregonando periódicos; el ruido es como si se estuviera en medio de la calle del Arenal. Junto á una columna de hierro, con la puerta de la calle á un metro de la espalda, sin sentir el frío que entra por aquella boca abierta constantemente, Marcelino Menéndez Pelayo almuerza de prisa y corriendo, y al mismo tiempo lee un libro nuevo, intonso, que él va cortando con su cuchillo. Entran y salen comisionistas franceses, italianos y alemanes, principal elemento de esta fonda; algunos candidatos (no podía menos) á la diputación á Cortes; y en medio de

la confusión y el estrépito, él estudia y medita como pudiera hacerlo un asceta en la Tebaida. De vez en cuando levanta los ojos, suspende la lectura y la comida para deglutir un bocado y digerir una idea; sonríe, pero no es al comisionista inglés que tiene enfrente, sino á los pensamientos que le bullen á él mismo en el cerebro. Y así vive Menéndez Pelayo hace diez años; en una fonda de las más bulliciosas, de tráfico incesante, donde comen bien los que tienen estómago de comisionista, pero mal los de estómago delicado.

Hace años el sabio menor de edad parecía enfermizo, por lo menos endeble y nerviosillo; en efecto, tenía que cuidarse, pasaba malos ratos, no se sentía bien; pero el estar enfermicho le robaba algún tiempo, y esto no podía continuar; decidió tener salud completa, y ya la tiene; está ya más grueso, de mejor color, digiere piedras y libros, y no le hace daño leer mientras come. Esta salud, necesaria para sus estudios, la debe Marcelino, más que á los médicos, á su propia voluntad, que es de hierro.

¿Cómo este benedictino de levita fué á parar á una fonda en la que tiene por celda un cuartucho en que penetran todos los ruidos del tráfico madrileño? ¿Por qué vive años y años como un viajante? No se sabe. Galdós

opina que toda la filosofía de esto es la siguiente: Llegó Menéndez Pelayo de Santander á la puerta de la Estación del Norte; oyó que gritaban muchos caballeros con galones en la gorra: «¡hotel de Rusia! ¡hotel de la Paix! ¡Cuatro Naciones!»... y Menéndez Pelayo, que venía pensando en la casa romana de Pana ó en la de Championet, se dejó llevar donde quiso el primero que topó con él; y desde entonces vive como vive, sin darse cuenta de ello. Al verse en el portal de la fonda, creyó ver el patio de la casa de Salustio, y reconoció el lienzo que contiene la pintura mural de Acteón, y vió las columnas del *platus*, y luego el *tablinum* y las *fauces* que dejaba atrás... ¡Oh! el lujo, la grandeza y la paz silenciosa los lleva Marcelino en el alma; y no hay carros de mudanzas, comisionistas mudables, platos inmutables, ni trajín ni trajineros que valgan para perturbar su pensamiento tranquilo.

Si el ruido material y grosero no le altera, tampoco le da jaqueca, ni menos le atolondra el ir y venir de las ideas modernas, el flujo y reflujó de la ciencia moderna; y en medio de sus batallas estrepitosas, vive y medita, aunque algunos que le conocen mal supongan que es un oscurantista que no sabe nada de los estudios contemporáneos y que desprecia

los descubrimientos del día... No, por cierto; M. Pelayo lee así lo nuevo como lo antiguo; tiene al dedillo la estética flamante; sabe lo que piensa la psicología fisiológica; habla de Spencer y de Haeckel, porque los ha leído... pero como tiene pensamiento propio, como es un talento original y fuerte, tampoco turban el orden de sus ideas estos otros ruidos de la calle, estas entradas y salidas de franceses, ingleses y alemanes.

Fácil es conquistar á uno de esos muchachos aplicados, espíritus incoloros, ánimos de cera que han nacido para ser sectarios, para repetir ideas ó frases; pero Menéndez Pelayo lleva en el alma todas las raíces del espíritu español... Las hojas y las flores en el aire, en el ambiente, recibiendo el impulso de todos los vientos, la luz de todo el cielo; pero las raíces alimentándose del jugo de su tierra...

Yo lo confieso; cuando volvía de la calle días atrás y encontraba á Marcelino en el comedor de la fonda, desafiando las pulmonías que se colaban por aquellas *fauces* de la puerta abierta, cogía su mano amiga como un náfrago una tabla. Fuera dejaba yo la marejada de ideas fugaces, de convicciones efímeras, confusas, contradictorias, insípidas ó deletéreas, vaivén inconsciente que la moda y otras

influencias irracionales traen y llevan por los espíritus débiles de tantos y tantos que se creen libre-pensadores, cuando no son más que fonógrafos que repiten palabras de que no tienen verdadera conciencia.

Dejaba fuera también ese empirismo anti-pático que cree nacer de una filosofía y nace de la viciosa vida corriente, sensual y superficial, en la que no hay una emoción grande en muchos meses, ni un rasgo de abnegación en muchos años, ni una lágrima de amor en toda la vida; dejaba fuera la envidia jactanciosa, la ignorancia dogmática... Y aquel espíritu noble y bien educado, clásicamente cristiano, cristianamente artístico, era como un asilo para quien, como yo, flaco de memoria, de voluntad y entendimiento, tiene, por tener algo bueno, un entusiasmo histérico, tembloroso, por la virtud y la belleza, por la verdad y la energía, entusiasmo que unas veces se manifiesta con alabanzas del ingenio y de la fuerza, y otras con reirme á carcajadas, que algunos toman por insultos, de la necesidad vanidosa, de la impotencia gárrula y desfachatada, de la envidia mañosa y dañina... En Menéndez Pelayo lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en el más todavía el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día, y siempre más

de lo que piensan muchos. Marcelino no se parece á ningún joven de su generación; no se parece á los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se parece á los que siguen el lábaro católico, porque es superior á todos ellos con mucho, y es católico de otra manera y por otras causas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va á los manuscritos no á descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino á resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro. Tiene, como decía Valera, extraordinaria facilidad y felicidad para descubrir monumentos: es sagaz y es afortunado en esta tarea, que no es de ratones cuando los eruditos no son topos.

Antes de comenzar su obra magna, la *Historia de la literatura española*, que tomará en el reinado de los Reyes Católicos, donde la dejó Amador de los Ríos, sin perjuicio de volver á los siglos anteriores, si la vida le dura bastante; antes digo, de emprender semejante empeño formidable, por vía de Introduc-

ción, escribe Menéndez su *Historia de las ideas estéticas en España*. El último tomo publicado es el III—volúmen primero—que comprende parte del siglo XVIII y comienza por una Introducción que es maravilloso resumen de la Filosofía Estética, según fué en Europa en el pasado siglo. No creo que se haya escrito en castellano acerca de esta materia con la originalidad y fuerza de Menéndez, trabajo alguno. Con relación al mismo tiempo, y refiriéndose á veces á algunos de los escritores de que habla Marcelino, ha publicado ha poco el señor Castelar excelentes, luminosísimos estudios, pero tratando no de estética sino de ideas religiosas, y también con criterio propio, juzgando á los extranjeros por su cuenta. Como estas dos obras no aparecen aquí generalmente: hasta para juzgar á los extraños solemos copiar á los extraños. Aquí se ha insultado mucho á Voltaire, por ejemplo, traduciendo los odios de sus enemigos personales; aún hoy, hombres tan serios como el señor Cánovas han insultado á Zola sin leerlo, *vertiendo* al español la bilis de los críticos á quien Zola hubiera despreciado. Pero esos estudios de primera mano, independientes de verdad, como el que ha hecho Marcelino de hombres como el P. Andre, Diderot, Voltai-

re, Baumgarten, Winkelmann, Lessing y Kant en cuanto estéticos, merecen doble aplauso, por esta condición rara de la originalidad y por su valor intrínseco.

«Sí, dígase alto, para que lo oigan todos; Menéndez Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media; su espíritu es digno hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos, él sabe hacer lo que hacen los Sainte-Beuve y los Planche, y resucita tiempos como los resucitan los Mommsen y los Duncker, los Taine y los Thierry, los Macaulay y los Thaylor.

Es posible que le quede á Marcelino algo del Tostado y del Brocense, pero es seguro que en la visión del arte arqueológico, de la historia plástica, llega cerca de Flaubert, el que vió en sueños á Cartago y la catástrofe heroica de las Termópilas. A pesar de todo, los periódicos no han hablado de este trabajo asombroso de nuestro gran crítico... Otra cosa será que el día de mañana muchos escritores al minuto se den aires de sabios, copiando atropelladamente el caudal de datos perfectamente escogidos, que reunió el profesor de la Central con tan copiosos sudores.

Porque Menéndez lee todo, absolutamente todo lo que dice haber leído. ¡Es esto más

pasmoso que toda su erudición y todo su talento! A Marcelino no se atrevería Quintana á decirle, como al P. Sarmiento, si mal no recuerdo, que no había leído todo el *Bernardo*. Actualmente el huésped del hotel de las Cuatro Naciones está leyendo una por una todas, absolutamente todas las comedias de Lope de Vega.

Y á este hombre le queda tiempo para comer todos los días fuera de casa.

¿Cómo puede ser esto? ¿Cuándo lee tanto Marcelino? Que estudia mientras come, ya lo sabemos; pero esto no basta. El problema no tiene solución si no admitimos también que lee mientras duerme.

Sí, lee mientras duerme, así como tantos y tantos lectores, y algunos críticos, duermen mientras leen.

III

Castelar.—El suspiro del moro, tomo I.

Otro gran trabajador, que tiene grandes simpatías por el que atrás dejamos. Bien me conoció en la cara D. Emilio el placer que me causaba cuando en variada conversación, después de despellejar á muchos que merecen ser unos San Bartolomé, me decía:

—El que vale muchísimo, pero muchísimo, es su amigo de V., Marcelino. Hace usted bien en ponerle en los cuernos de la luna. Yo le conozco ahora mejor, le trato más y me tiene encantado, etc., etc.

Habrán almas tristes que no comprendan la alegría de un hombre honrado, amante de los espíritus nobles, cuando oye á un grande hombre elogiar con entusiasmo á otro talento privilegiado; pero yo tengo por un manjar digno de los dioses este placer de ir de alma grande en alma grande, como de oasis en oasis en este desierto de espíritus berroqueños, verificando corrientes de admiración y cariño, hilos eléctricos de ese mundo invisible, único digno de que por él se ame la vida. Sí, desierto y oasis; esas son las palabras. Podrá parecer aristocrática la teoría, pero yo creo en ella; en materias de intelecto son aún pocos, muy pocos los que valen, y á esos hay que quererlos mucho. En Madrid hay muchos centenares de almas que se creen escogidas, que hablan con mucha formalidad de arte, de gusto, de ideas, de talento, de *esprit...* pero lo cierto es que todo eso es arena; los oasis están desparramados. Allí en el barrio de Salamanca veo uno... aquí en la plaza de Colón otro... en la de las Cortes otro, en la calle del Prado otro, en la de la Princesa otro... y otros

pocos por aquí y allí... y por el medio ¡cuántas breñas! ¡qué de esparto! ¡cuánta sequedad y qué de espejismos de la vanagloria!... Querer y admirar á los pocos hombres que de veras valen, y alegrarse de que ellos mutuamente se quieran, y procurarlo, es algo digno de un corazón perfectamente sano.

Castelar trabaja en un tercer piso. Menéndez Pelayo, como no tiene casa puesta en Madrid, ha dejado en Santander su biblioteca, que ya asciende á 8.000 volúmenes, y en su *celda* de las Cuatro Naciones sólo vemos los libros que necesita para el año presente. Castelar, vecino de Madrid, con casa abierta, tiene su biblioteca en el tercer piso de su casa. En el piso segundo todo es arte, comodidad, elegancia; en el piso tercero no hay más que libros: dos salas grandes llenas de ellos; los hay arrimados á la pared en estantes sencillos, los hay sobre las mesas, los hay por el suelo. Castelar escribe en una mesa cualquiera, y escribe anegándose en tinta; una cuartilla suya parece un mar de betún. En rigor, este hombre que fué Jefe del Estado, todavía es un periodista; dígalo la prensa extranjera, esparcida sobre la alfombra; *Le Temps*, con un agujero en el medio, *abierto de piernas* sobre un diván; *Le Gaulois* hecho una pelota con que juega un gato rollizo. Castelar lee

todo lo que hace falta para poder estar al corriente de la política de Europa y América; vive de eso, de escribir revistas europeas, de hacer grandes síntesis de historia contemporánea en períodos admirables. Hay dos Castelares: el que ve todo el mundo, uno, y el que ve el observador que tiene ocasión de tratarle de cerca, otro. El primero es el más grande, el inmortal; pero éste tiene ciertos defectos que no tiene el segundo. El Castelar de todos es el mágico prodigioso de la palabra, la máquina eléctrica, el que arranca vítores y lágrimas de entusiasmo á sus enemigos religiosos y políticos, y casi casi á los que le envidian; pero ese Castelar se pierde en el espacio, olvida la tierra por el cielo, y cantando á una estrella, tropieza con un adoquín. El otro Castelar es un señor que suele traer por casa un gorrito negro que tiene algo de turco; un señor que quita y pone y limpia muy á menudo los quevedos, rie á carcajadas, cierra un ojo nerviosamente para observar al interlocutor, y habla mucho, muchísimo, con el arte maravilloso de no molestar al oyente y de no decir jamás una palabra más de las que quiere decir. Castelar, éste, el del gorro, es un hombre hábil, de la única clase de hombres hábiles verdaderos; á saber, de la clase de los que no parecen hábiles. Este Castelar

no mira á las estrellas, sino lo que tiene delante, sean hombres, sean adoquines. Cuando son hombres, á Castelar le brillan los ojos y le brilla la palabra; encontrarse con un semejante, no es para todos los días; su espíritu se abre á las expansiones de la inteligencia, del buen gusto: goza con que le entiendan á medias palabras; es á veces hasta incorrecto para acabar pronto, con una incorrección graciosísima y picante en quien como él, en cuanto quiere, sabe hablar como el libro mejor escrito. Castelar, enfrente de una inteligencia, es todo ingenio, ingenuidad, que tiene que traducirse en desprecio de los tontos y de los malos; y es todo gracia picaresca, manantial de anécdotas ricas en ciencia experimental y en chiste, verdadero *esprit*, moneda que en Madrid escasea, pese á la gracia andaluza.

Si Castelar se encuentra enfrente del adoquín antes supuesto, ya es otra cosa: hay en su rostro un mohín despectivo de que el mismo D. Emilio no se da cuenta. Sería adular á la humanidad decir que un hombre que trata á medio mundo, nunca recibe en su casa adoquines. Sí, los recibe; pero el mohín de marras les hace la justicia que el amo de la casa, por cortesía, no puede hacer.

Los que dicen que Castelar no es un hom-

bre práctico, ni saben lo que es práctica ni lo que es Castelar.

Si este hombre escribiese y publicase sus memorias, y pudiese escribirlas con toda sinceridad, diciendo todo lo que sabe y todo lo que piensa, caerian muchos idolillos, se descubrirían muchas máculas; sabe Castelar *cuentos* verdaderos, que acabarían con un hombre, le llenarían de ridículo por lo menos, si se hiciesen públicos. Pero la posición política obliga al gran orador á callar mucho de lo que sabe. Hay muchos que no sospechan que Castelar, el *canario*, el *organillo*, el orador del *Cosmos*, como sus enemigos dicen, es un gran satírico. En suma: Castelar como hombre *práctico* vale más que todos los que le tachan de visionario.

Y como *visionario*, vale lo que sabe el mundo entero.

A pesar de lo cual, la llamada crítica en España no siempre habla de los libros que Castelar publica y que Europa y América leen y admiran.

Como aquí la crítica corriente no sabe más que condenar y ensalzar con *clichés* borrosos de puro usados, las obras literarias del autor de *Los recuerdos de Italia* no suelen merecer á nuestros revisteros célebres más que el silencio ó elogios insustanciales, repetidos hasta la

saciedad, que no tienen calor, que no suponen ideas, que no revelan un entusiasmo original y conscio, sino el deseo de seguir la corriente, salir del paso, cumplir con el genio sin gastar el pensamiento en comprenderlo y admirarlo con motivo. Y sin embargo, la verdadera crítica no tiene por misión exclusiva la censura amarga, el análisis cruel que destruye y aniquila, sino que además de esto, las pocas veces que se encuentra con algo admirable, debe emplear sus argumentos, su especial elocuencia en *desdoblar* las bellezas, en presentarlas á la atención vulgar para que ésta se fije, aprenda á ver y acabe por comprender y gozar de lo bello.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, así es la crítica. Si por llegar á tan gran altura como está Castelar, un escritor ha de verse olvidado de la crítica, triste privilegio el del genio. Ante todo, no hay nada indiscutible; y aunque lo hubiera, lo indiscutible todavía puede ser admirado. Y para admirar bien hay que hablar mucho. Goethe es indiscutible para Alemania, y con la crítica que sus obras han hecho producir hay para llenar bibliotecas.

Del último libro de nuestro primer orador, *El suspiro del moro*, no ha dicho casi nada la prensa de Madrid. Yo sólo recuerdo un

artículo entusiástico y bien sentido del escritor que firma *Orlando* en la *Revista de España*.

Verdad es que *El suspiro del moro* ha de tener dos tomos y no se ha publicado todavía más que uno, pero en éste ya se puede admirar el arte de magia con que el autor sabe resucitar los tiempos, hombres y cosas, prestando á las almas y á la materia todo el calor, color, luz y vida que tuvieron.

Castelar profesa la teoría, y no en vano, de que la más interesante novela no alcanza á serlo más que la historia, y ésta idea se explica en quien sabe, como él, leer las páginas de la historia con ojos de artista. Este pensamiento de Castelar es análogo al del ilustre autor de *Salammbô*, quien en sus cartas á Jorge Sand y en otros documentos, y en sus conversaciones con sus amigos, una vez y otra insistía en la superioridad del arte arqueológico. El autor de la mejor de las novelas burguesas, *Madame Bovary*, tenía odio á los asuntos burgueses, y si todavía escribió dos libros de este orden tan importantes como la *Educación sentimental* y *Bouvard et Pecuchet* fué casi casi contra su propio gusto, que prefería los grandes cuadros históricos, estudiados con gran exactitud de pormenor, con gran fuerza de fantasía y con poderosa intui-

ción del tiempo muerto. Así, el poeta sublime de *La tentación de San Antonio* y de *Salammbô* y *Herodias* preparaba otra gran resurrección artística; nada menos que un libro de arqueología poética, cuyo asunto fuera la famosa hazaña de las Termópilas. Castelar, por otro camino, ha llegado, en esto de la arqueología artística, á resultados semejantes á los de Flaubert. Tampoco el autor español quiere los asuntos de prosáica actualidad para sus obras de arte; no es, ni acaso sabría ser, novelista de observación contemporánea, como no se elevase á los más grandes intereses sociales; pero es artista como pocos, poeta épico en prosa, novelista ó como queráis llamarle cuando traza síntesis luminosas de épocas determinadas ó de todo un ciclo de civilización; y aun más artista cuando reviste las ideas con las formas materiales con que pasan por el mundo, y sabe pintar como nadie pasiones, caracteres, costumbres, trajes, edificios, naturaleza, movimientos y sonidos, cuanto cabe que pinte la pluma á su modo. Los que hemos sido discípulos de Castelar recordamos aquellas descripciones y narraciones en que entraban todas las grandezas de la historia de España y aun de Europa entera como si se tratase de una visita á un Museo; la cátedra de Castelar era eso: una pinoteca

de cuadros históricos. Pero como además de artista es pensador y político, las narraciones y descripciones de Castelar iban impregnadas de ciencia; cada personaje trazado era una idea; todo tenía allí el simbolismo de una intención filosófica profunda.

No pinta nuestro gran escritor por pintar, sino por hacer ver mejor las ideas y su ropaje.

El suspiro del moro es obra de este género; para ser novela no le falta más que un argumento continuo; pero tiene otra cualidad más importante: es una evocación del momento más glorioso, el culminante de nuestra historia de pueblo cristiano. Los campos de Andalucía tal como son, vistos y comprendidos; la vida de aquella época exactamente copiada en parte y en parte adivinada, tal como era en castillos, valles, ciudades y campos; los héroes del tiempo, las relaciones con los pueblos enemigos, la política de los reyes, las trazas de ambas cortes, todo sale en este libro con la misma luz que pudo haber tenido cuando nuestro mismo sol alumbraba aquella vida de que sólo quedan ecos tristes en las crónicas. *El suspiro del moro* es el cuadro de Pradilla de *La rendición de Granada* más la fuerza de realidad y la profundidad de ideas que añaden al arte plástico, el arte literario y la filosofía de la historia.

Un solo ejemplo de la eficacia de tantas facultades trabajando para conseguir una obra por el estilo: el modo de ser la vida en las tierras fronterizas, la clase de peligros y alicientes de la existencia en aquellos campos y castillos que había que disputar todos los días al moro, es materia que trata aquí nuestro autor con una novedad y una fuerza de color que hace ver más y mejor que nunca este aspecto singular é interesante de nuestra Reconquista. Si, es cierto, la historia más el arte son una segunda vida de hombres y tiempos.

Análisis más detenido de *El suspiro del moro* será más oportuno cuando el libro esté completo.

IV

Campoamor. — Los amores de una santa.

— Está D. Ramón?

— No, señor.

— Bueno, pues déle V. esta tarjeta...

Si el que esto dice y hace cree que Campoamor desea verle, debe bajar la escalera lentamente seguro de que antes de llegar al portal oirá la voz del criado que dice desde arriba:

— Chis, chis... caballero, caballero...

Y sube uno modestamente, y entra en el gabinete de D. Ramón sin aires de triunfo, sin mirar con socarronería al pobre ayuda de cámara, que no puede conocer en la cara de los desconocidos cuándo está D. Ramón en casa y cuándo no.

Si Campoamor no tomara estas precauciones, su casa no sería casa, sería un vivero de poetastros. Y eso que ahora los más le han dejado escribir pequeños poemas á él solo, y se han pasado con armas y ripios á la poesía correcta y descriptiva de Núñez de Arce.

Campoamor no tiene despacho propiamente dicho. A lo menos yo no se lo conozco. Recibe en el gabinete contiguo á su alcoba, y unas veces recibe con un traje ancho, de tela ligera, que le da cierta semejanza lejana, muy lejana, con una odalisca; y otras veces recibe en mangas de camisa, con un brazo extendido, esperando que el criado se lo introduzca en la manga de la levita; y así, sin darse cuenta de su postura, discute con Platón, insulta á Aristóteles, desprecia al divino Herrera ó hace la apología de cualquier poetastro á quien en el fondo de su alma desprecia de todas veras. Campoamor debe de escribir de pie, arrimado á un armario, ó sentado en una butaca y con el papel sobre las rodillas.

No le conozco mesa de escritorio. Lee mucho y escribe poco.

Un poema de este poeta nace entre oscuridades, como envuelto en neblina de ideas confusas, y poco á poco se va aclarando; la niebla se rasga aquí y allá, y las ideas muestran sus formas concretas en figura de versos sensibles, expresivos: las más veces perfecta traducción del pensamiento. Si Campoamor os lee un poema cuando lo tiene todavía entre andamios, oiréis á ratos palabras claras, precisas; pero de pronto el autor deja de pronunciar y *tararea* los versos que todavía no tiene hechos y que están medio creados en su fantasía... Aquellos intervalos de música se llenarán de fijo con palabras; pero por ahora no son más que murmullos rítmicos. Después vuelven las palabras á llenar los endecasílabos y los eptasílabos.

Campoamor es muy mediano crítico de sus propias obras. *Los buenos y los sabios* no le parece tan admirable como *La lira rota* y *Los amores de la luna*.

Es un micrófono para las censuras. Un mosquito literario que le ande sobre sus versos allá en las islas Canarias, por ejemplo, lo siente él como si le pasara un regimiento de artillería con todos sus pertrechos sobre el espino.

Discute muy serio con el gacetillero de cualquier periodicucho, y no descansa hasta que le convence ó le da un empleo.

Así es que, le tratan con una familiaridad irritante los más inferiores aprendices de literato cursi.

La tranquilidad de Campoamor depende del más despreciable revistero. Cuando se tiene un temperamento opuesto á semejante susceptibilidad, esta condición extraña del gran poeta es lo que más sorprende entre las muchas cosas sorprendentes de D. Ramón.

Una de las maneras que tiene de burlarse del prójimo, consiste en hacerse el tonto. Sus paradojas son muchas veces sondas que arroja en los espíritus para conocer su fondo.

No hay nada más gracioso que oír discutir á Campoamor y á Núñez de Arce. Este simpático vallisoletano acaso no ha hablado en broma en su vida; el poeta de Vega probablemente no habrá dicho nunca nada con toda formalidad. A Campoamor le importa poco que lo que dice sea verdad ó error, con tal que sea hermoso, que demuestre originalidad é ingenio; Núñez de Arce lo toma todo con una seriedad digna del papel sellado; podría firmar siempre lo que dice y aunque lo oyera el mundo entero podría no decir otra cosa: sacrifica siempre la forma al

fondo; le importa poco no ser gracioso, ni aun original, con tal de decir algo bueno ó verdadero. Repito que me refiero á la conversación.

Campoamor lleva muy á mal que haya tan poco *esprit* en la conversación de nuestros literatos. Á lo mejor se separa de un corro porque nadie dice cosas de ingenio. Él mismo, que es muy gracioso, no llega en la conversación, ni con mucho, á la intención, fuerza y donaire de los chistes, agudezas y *salidas* de sus escritos.

Las pocas veces que se consigue, á fuerza de arte, hablar con Campoamor á solas de cosas serias é importantes con alguna seriedad, sin chisporroteos de ingenio, se nota en su rostro una transformación hermosa, que tiene algo como una reminiscencia de la juventud; aquellos ojos que no hacen más que abrirse mucho cuando se trata de soltar hipótesis y antítesis en público, se hacen más transparentes, dulces y profundos, y con una suavidad americana habla el poeta de religión, del amor, del ideal llanamente, como el humorista más recalitrante tiene que hablar al fin y al cabo alguna vez en su vida, si quiere entenderse con Dios y consigo mismo. La conversación de Campoamor en estos fugaces momentos edifica; edifica más que cien dis-

ursos á lo Pedro el ermitaño, de Alejandro Pidal, por ejemplo.

En los poemas de D. Ramón hay también pasajes que no son más que sentimiento, idealidad y devoción verdadera, sensible, laconica... En *Los Amores de una santa* hay una carta, la IV, que llega á la sublimidad por la pasión y la ternura. Por supuesto, para el que lo entienda.

Este último poema, parte del cual ha leído en el Círculo Mercantil, es, por la carta citada sobre todo, uno de los mejores. No se debe al asunto, ni se debe á la gracia y á la malicia tan abundantes en él, ni siquiera á la magistral psicología de aquella Florentina, digna de un Balzac y de un Estendhal juntos, sino á la fuerza con que se sabe expresar directamente la pasión de un amor puro, idealista, noble, intenso. Obsérvese que en nuestras literaturas modernas ya conocidas, pocas veces se atreve el artista á pintar el amor sin más alicientes estéticos que los de su propia esencia, el amor sin acompañamiento de circunstancias poéticas ó de contrastes picantes; un Romeo que no hace más que enamorarse y decirlo, y una Julieta que se contenta con amar y amar, necesitan un Shakespeare para ser las creaciones más hermosas y más interesantes de la dramática moderna. Hay una

novela reciente, *Cruel enigma*, del muy delicado y profundo P. Bourget, en que también el autor se atreve á limitar el interés, el *patos* de su obra al amor que no hace más que querer mucho. Algo de esto hay en la carta admirable en que la monja cuenta cómo vió la última vez á su amante. Allí está la poesía sola, sin los adornos del ingenio campoamorino, sin aquellas antítesis y aquellas sentencias que tanto valen, pero que no siempre convienen; allí está el amor amando, dando un adiós de sublime ternura al ser que ama, adiós de las entrañas, exclamación de tan intensa poesía, que quien no llore al leer aquel último verso no es digno de leer al Campoamor de los momentos de abandono, sensible, poético, apasionado y... esta es la palabra: religioso.

Una crítica ordenada de todo el poema titulado *Los amores de una santa*, será más oportuna cuando el autor publique tan excelente obra.

V

Núñez de Arce.—Maruja.

No hay en Madrid literato que tome el arte más en serio que Núñez de Arce. Á pesar de haber sido el único poeta lírico que llegó á mi-

nistro desde hace mucho tiempo, se ve claramente que la política es para él lo secundario. Preside reuniones del partido por compromiso, pero en cuanto puede escapar de estas ocupaciones en prosa, sin pensar ni siquiera en un distrito cuanto más en una embajada, pasa el día y gran parte de la noche entre literatos.

La cuestión del naturalismo le ha preocupado mucho, y hasta ha llegado al extremo de leer algunas obras de Zola; caso extraño entre los enemigos españoles del *pontífice* de Meudan. Cánovas no ha hecho otro tanto.

La sinceridad con que Núñez de Arce discute es seductora, y su espíritu de concordia y su latitudinarismo encantan á cualquier espíritu bueno.

El autor de *La Visión de Fray Martín* piensa mucho en las cosas celestiales; y así, á poco que á ello se preste el carácter de su interlocutor le veréis tratando las más altas materias metafísicas, siempre desde un punto de vista sentimental, que acaso acaso es el más propio de estos asuntos suprasensibles.

En medio de tanto materialismo más ó menos inconsciente, entre la batalla de los positivistas ordinarios, que encuentran muy natural y hasta muy divertido que no haya más mundo que el de aquí, como dice Don